

espejo de tinta



Carlos Franz

## Sacar la lengua

**A**caba de aparecer una nueva edición de mi novela “Almuerzo de vampiros”. Este libro se publicó por primera vez el año 2007. En España recibió comentarios entusiastas de buenos críticos y lectores. Carlos Fuentes le dedicó un sorpresivo y elogioso artículo en el diario El País. Otras reseñas en medios extranjeros recomendaron calurosamente el libro. En Chile, en cambio, hubo algunas críticas agresivas. Hasta cierto punto yo esperaba esa agresividad. “Almuerzo de vampiros” es una provocación contra muchas cosas chilenas. Entre otras, es una crítica burlona —tal vez cruel— de nuestro dialecto. Sacarle la lengua a la lengua materna puede pagarse caro.

Ahora, al releer la novela para esta nueva edición, advertí otra causa posible de esas reacciones locales airadas o dolidas. El libro no sólo juguetea con nuestro dialecto, también satiriza el propio humor chileno: nuestras típicas “tallas” pesadas. Y entre esas tallas pesadas mi novela bromea con la peor: la dictadura militar.

Cuando empecé a escribir ese libro mi

objetivo artístico era tratar una época trágica, los primeros años de la dictadura, con los recursos de la comedia. Mi novela anterior, “El desierto”, había respondido a la ambición de narrar una tragedia (género que, según George Steiner, ya no es posible). En “Almuerzo de vampiros” yo deseaba abordar temas parecidos, pero con humor. La mezcla del tema tremendo con un tratamiento liviano debía producir un equilibrio: la semisonrisa tragicómica.

Sin embargo, en lugar de esa tragicomedia que soñé, escribí un relato carnavalesco, de valores invertidos. La forma de mi novela, muy estilizada, contrasta con la brutalidad y fealdad de algunos de sus contenidos. En un momento de embriagada lucidez el narrador se pregunta: “¿Cuánta belleza es necesario quemar para entibiar esta noche?”. En este libro la nobleza y la bondad deben arder para iluminar una fiesta de disfraces que, a menudo, dege-

nera en Grand Guignol: ese humor negro que emana del horror grotesco.

Durante la escritura de esa novela noté, desde muy temprano, la deriva que me arrastraba hacia el carnaval grotesco. Y me dejé llevar hacia allá con un goce sorpresivo. Probablemente, la causa de esa deriva y de mi goce fue un deseo de revancha. Mediante esa ficción me burlaba de la dictadura que había embromado parte de mi juventud; y también me mofaba de la naciente transición a la democracia que despreciaba altivamente aquella juventud embromada. Ante ese castigo redoblado respondí, instintivamente, con un desquite doble.

Entre todas las motivaciones de la creación literaria el deseo de revancha debe ser la menos admirable y por eso mismo la más escondida. Nos volvemos para contemplar la fea cara de un pasado irremediable y le sacamos la lengua.

**“Entre todas las motivaciones de la creación literaria el deseo de revancha debe ser la menos admirable”.**

## Antes el Trauco, ahora cualquier cosa

Fernando Claro V.



**Y**onunca he conseguido ser creyente, pero las veces que lo he intentado es cuando más infeliz estaba, dijo Jonathan Franzen hace unos días. Frente a la frustración, se busca consuelo en la mitología. De hecho, antiguamente, cuando los choroyes bajaban desde la cordillera y arrasaban con las siembras era indicio de que en algo malo andábamos, era un castigo divino. En Boston, un cura famoso dijo que los temblores eran reprimendas por inventar el pararrayos: cómo se atrevían a desafiar la voluntad de Dios, decía. ¿Dirán algo por las vacunas?

Aburrido o desesperado, el ser humano es capaz de creer en las cosas más insólitas. Por algo el éxito del Semanario de lo Insólito y por algo la abundancia de mitos explicando el problema de las pensiones: las AFP se roban la plata; los fondos no son de los chilenos; la culpa es de la AFP; hay unas comisiones fantasmas. Son mitos con profetas propios: Atria, Riesco o Mesina. El francés Raymond Aron decía

que las mitologías eran una simple “rebelión contra los hechos”. Dado que los hechos molestaban, había que cambiarlos estableciendo una verdad oficial. Con leyes de negacionismo, por ejemplo, u hoy, más sutilmente, cambiando el significado de las palabras: donar es lo que antiguamente era “ahorrar en mi cuenta corriente” y los presos políticos eran los antiguos “delincuentes”. Y así. Estas prácticas proliferan en épocas confusas.

En un mundo secular y en deterioro como el de hoy, las mitologías terrenales serán cada día más abundantes, dijo el mismo Franzen. El senador Latorre del Frente Amplio, por ejemplo, dijo, cual vanguardista, que había que revisar todos los TLC por la maldad del cosmopolitismo. Otra mitología, y trumpiana. Pero, además, es como si hubiese dicho magnánimamente: “¡Yo, como senador, los prometo que participaré de la creación de leyes en el Congreso!”. “Es falso que los tratados no se evalúan... es una tarea permanente”, tuvo que de-

cirle Paz Zárate, en la cara. Después Latorre salió explicándose en una vaga columna con Diego Pardow, coordinador del programa de Boric y el mismo que nos tuvo toda la pandemia con firmes y mesiánicas directrices —y erradas— sobre qué hacer con un virus que todavía nadie sabe cómo tratar. Y eso que es abogado. Por suerte no era científico.

Es el síndrome de nuestros tiempos: no saber lo que no se sabe. Por eso es que Boric se lanza ofreciendo 400 mil millones de dólares para aumentar el caudal de agua de nuestros ríos —el PIB de Chile al año es de 300—. Por eso los mitos, y por eso los cuentos sin números ni estadísticas de José Miguel Ahumada, cerebro económico de Boric y coautor de Alberto Mayol, otro con creencias especiales, como que el *lorem ipsum*, esos textos en latín que aparecen en diarios por errores de diagramación, son mensajes secretos para inversionistas. Antes el Trauco, ahora cualquier cosa.

**“Aburrido o desesperado, el ser humano es capaz de creer en las cosas más insólitas”.**

Jorge Marín



## Se buscan socios

**C**uando existen líderes con objetivos claros, comunicación bidireccional, empáticos, capaces de hacer trascender su mensaje, ayudan a generar culturas organizacionales que mejoran el nivel de compromiso, entrando en círculos virtuosos de beneficio.

La pregunta es si ello es infinito, o hay momentos donde ser la empresa “buena onda a todo evento” se vuelve en contra de sí misma y de aquellos que trabajan en ella. Hay empresas “buenistas” que han sobrepasado esa “delgada línea roja”, buscando un reconocimiento o una medalla, pero pierden de vista que siguen siendo empresas. Cuando el círculo virtuoso se ha roto, aceptando altos niveles de ineficiencia y relajo, se hacen torpes. Como hubiese dicho Néstor Gorosito, “se achanchan”.

Linda Smircich, profesora de la U. de Massachusetts, dice que la cultura organizacional es una variable central para la gestión. Un líder que lo entienda eso puede lograr grandes resultados. Para ello debe hacer a sus colaboradores “socios” de los objetivos, fomentar la comunicación, la colaboración y el aporte de ideas. Buscar que el compromiso mutuo genere un trabajo eficiente y propositivo. Si, al revés, se cae en que los deberes son sólo de la empresa y los derechos de los empleados, se pierde competitividad y se arriesga de ser olvidados por los consumidores.

Si hago una analogía con Chile, veo que “nos achanchamos”. Nos olvidamos del largo plazo y hoy somos sólo demandantes de derechos. Hemos entrado en una vorágine difícil de salir, donde “el mercado” (en este caso, el mundo) nos pide olvidar, por malcriados, obsoletos y por “dar un mal servicio”. Necesitamos un líder que reencamine esta organización llamada Chile. Uno que, con mirada de futuro, busque grandes acuerdos que ayuden a que ciudadanos y líderes seamos socios de un futuro que, con derechos y deberes, recupere la estabilidad y certezas perdidas.

Años atrás tuve el desafío de liderar en México una empresa destruida organizacionalmente. Con definiciones nítidas de derechos y responsabilidades, e invitando a los colaboradores a ser parte de “una comunidad con un objetivo común”, en tres años crecimos nueve veces más que nuestros competidores. Incitamos a cada empleado a ser actor y gestor de la realidad. Quien lidere Chile debe hacer que cada chileno asuma que él es la clave del futuro, y que sin ese convencimiento vamos a ser un país triste y achanchado.